

# Una argentina en Porto Alegre

.....  
**Yamile Socolovsky**

Profesora de Filosofía. Universidad Nacional de La Plata. Participante en el FSM como delegada de la Asociación de Docentes de la Universidad Nacional de La Plata (ADULP) – Central de Trabajadores Argentinos (CTA).  
 .....

Un relato del Foro Social Mundial —realizado en febrero de este año por segunda vez consecutiva en Porto Alegre (Brasil)— es inevitablemente una perspectiva que tal vez ilustre más sobre quien cuenta que sobre el hecho en cuestión. Un evento que es como un ser colectivo, complejo, contradictorio y dotado de una vitalidad que desborda cualquier previsión organizativa, no puede ser abarcado por una única mirada. El FSM es una experiencia que cada participante abraza desde su particular modo de transitar esas jornadas, signado por la ansiedad de su búsqueda, la huella de sus necesidades y el tamaño de su esperanza.

La complejidad del Foro no se debe, en lo fundamental, al carácter multitudinario de la convocatoria, sino a la *diversidad* que sigue resultando su nota peculiar. La afirmación de que «Otro mundo es posible» reúne a miles de activistas y organizaciones que, más allá del rechazo de las políticas neoliberales y de sus efectos en todas partes del mundo, difieren en su concepción de ese Otro mundo, en las razones por las cuales comprenden que el cambio es necesario, y en las vías a través de las cuales intentan construir una alternativa. Las diferencias no derivan solamente de la matriz ideológica a partir de la cual esa perspectiva es pensada, sino más bien del hecho de que cada cual ha llegado a esa conclusión desde una situación particular, en la cual hay un modo específico de sufrir las consecuencias de la globalización neoliberal y un desarrollo propio del pensamiento de las alternativas, que está en general vinculado a las experiencias históricas y a las formas concretas en que se ha co-

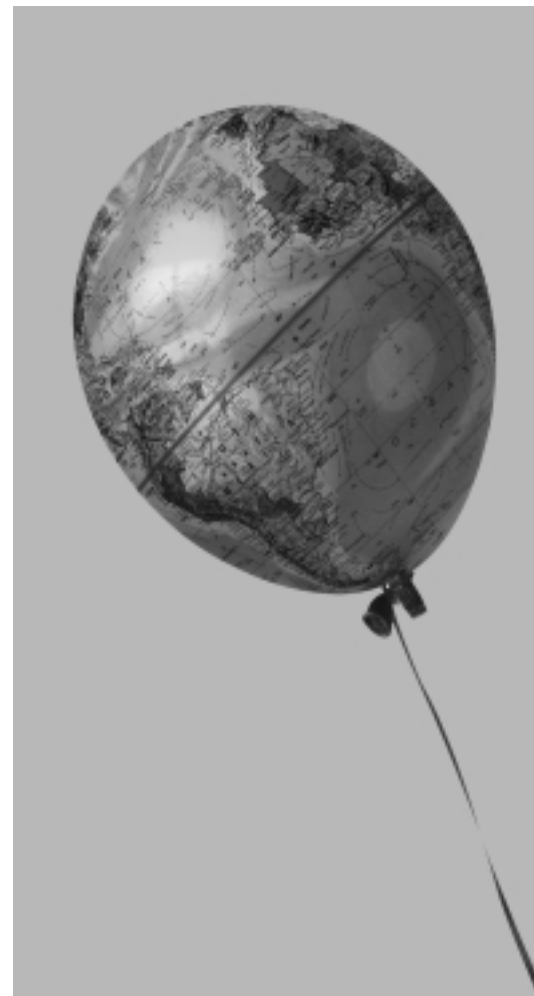
menzado a constituir la resistencia y la organización de los sectores que sufren. Es evidente que, en estos términos, *innumerables diferencias cruzan cualquier demarcación posible, y, al mismo tiempo, otros tantos lazos establecen vínculos en los más diversos sentidos.*

Desde la perspectiva de una argentina, esa peculiaridad del Foro fue, en esta última edición del encuentro, notable: alentadora y dramática a la vez.

Después de las jornadas del 19 y el 20 de diciembre del 2001, en las que la manifestación del pueblo en las calles de todo el país, pero especialmente en la Plaza de Mayo de la Capital Federal, terminó con la renuncia del Ministro de Economía, primero, y del Presidente Fernando de la Rúa, después, cualquier argentino podía prever que la situación de nuestro país recibiría una especial atención en el Foro. Y así fue. Lo que nadie podía prever era la fuerza de la solidaridad con que esa atención se expresaría en incontables muestras de afecto de parte de los activistas presentes, que marcharon, celebraron y lloraron con nosotros. Esa vivencia es parte de la dimensión más vital del FSM: la que experimenta cada uno pudiendo sentirse —en la palabra, en el gesto afectuoso, en la emoción de compartir una acción colectiva— parte de algo mucho más grande de lo que podría cotidianamente imaginar, algo que trasciende a cada quien y a su grupo inmediato de pertenencia. Algo que podría pensarse como la *Humanidad que se construye en la acción y la comunión de aquellos que sufren los mismos dolores y caminan tras una misma esperanza de un mundo en que la vida sea reconocida en su plena dignidad.* Es por esto que el Foro Social Mundial es, sobre todas las cosas, un *Encuentro*. Y nada alimenta más el espíritu de lucha de quienes tienen que afrontar, día a día, pesadas cargas de responsabilidad, compromiso y muchas veces riesgo personal, que reconocerse en

uno, dos, o miles que comparten su esfuerzo, sus desvelos, sus pesares y sus alegrías.

Pero este encuentro se produce, como decía, en un contexto en el que la *diversidad* es la nota. Y eso también se evidenció (no sin conflictos) en el relato y diagnóstico que los argentinos hacíamos de nuestra propia experiencia reciente, en una dimensión menos emotiva y más política del evento. Allí se demostró que las diferencias pueden ser, desde cierto punto de vista, enriquecedoras, pero que también pueden ser un problema cuando ellas se constituyen en obstáculos para una acción conjunta. Esa



característica dotaba al primer Foro de su amplitud tanto como de su fragilidad; hacía de aquella convocatoria —sin exclusiones— una ocasión propicia para el surgimiento de lo nuevo pero obligaba también a postergar la elaboración de conclusiones algo más definidas que ciertas vagas afirmaciones del espíritu común contrario a la globalización capitalista. En esta oportunidad, algo de aquella multiplicidad parece haber decantado en el sentido de una *mayor politización del Foro*, en una mayor presencia de las organizaciones que decididamente promueven formas de resistencia y lucha contra el modelo económico-social imperante y sus efectos, contra la anterior proliferación de cierto tipo de Organizaciones No-Gubernamentales que suelen instituirse como emprendimientos de captación de recursos tras algún objetivo más o menos vinculado con alguna problemática social, sin intención de desarrollar alguna estrategia de acción transformadora, por pequeña que fuera.

Tal vez este cambio en la composición general de la asistencia al Foro fue uno de los factores que contribuyeron a dotar de una mayor profundidad a los debates planteados en las reuniones (oficinas, talleres, paneles, etc) que allí se desarrollaron. Pero mi impresión es que hubo otro elemento que llevó a las salas de debate y a la actividad del Foro una urgencia saludable: la impresión —que estaba, por así decirlo, en el aire mismo que respirábamos— de que *hay algo nuevo bajo el sol*, y que eso nuevo se gesta en la forma de una resistencia global y efectiva a la mundialización capitalista. Pero, especialmente, para la mayoría de asistentes latinoamericanos, se trataba de la convicción de que, en nuestra re-

---

La reunión de Porto Alegre, es, antes que una sucesión de jornadas coloridas e interesantes, una experiencia en la que lo posible («otro mundo...») alumbraba en el encuentro de lo diferente... en la medida en que el encuentro se produzca; en la medida en que lo particular se disponga a abrirse a constituir una universalidad que, a su vez, nos transforme a todos.

---

*gión, el modelo neoliberal que se viene implementando en nuestros países a partir de la «década de las dictaduras militares» ha agotado su viabilidad social. Esa convicción está ligada directamente, antes que a la claridad respecto de las alternativas, a la experiencia práctica de la crisis política y social que en varios países del continente nos encuentra recuperando la capacidad de movilización popular masiva, tras años de un quietismo signado por la secuela del terror dictatorial. Es esta situación la que impulsó buena parte de los debates a los que asistí, en los que se reiteraba el intento de reflexionar sobre el problema de una necesaria articulación de las formas tradicionales de organización política y sindical con aquello que genéricamente se denomina «movimientos sociales» emergentes, movimientos con una enorme capacidad de impugnación de las políticas gubernamentales y portadores del germen de una práctica democrática diferente, pero limitados también en sus posibilidades de constituirse en alternativas de poder o de*

contribuir a forjarlas. Organizaciones políticas y sindicales que, por su parte, no siempre logran adecuar sus formas organizativas a la exigencia pluralista y antidogmática que anida en la vida de aquellos movimientos, los cuales suelen representar precisamente —dada la forma en que se constituyen: a partir de demandas concretas de los sectores afectados— las nuevas realidades sociales que debe atender cualquier intento de dar una forma organizada y un sentido constructivo a la resistencia: el desempleo, la fragmentación, la precaria vinculación de los trabajadores a sus lugares de ocupación, la marginación absoluta de grandes capas de la población respecto de toda forma de distribución de los bienes sociales, la desescolarización masiva, las migraciones, etc.

Desde este punto de vista, lo nuevo ya no era —como en el 2001— el Foro en sí mismo, sino que el Foro lograba constituirse en el *escenario de manifestación de lo nuevo*, y en un ámbito para la gestación de una *síntesis necesaria*. Una síntesis que recupere la experiencia histórica de la lucha de los pueblos por la justicia y la libertad, pero que permita también construir —tras esos viejos y nuevos objetivos— el camino hacia una unidad de lo diverso. La reunión de Porto Alegre, es, antes que una sucesión de jornadas coloridas e interesantes, una experiencia en la que lo posible («otro mundo...») alumbraba en el encuentro de lo diferente... en la medida en que el encuentro se produzca; en la medida en que lo particular se disponga a abrirse a constituir una universalidad que, a su vez, nos transforme a todos. El FSM es, cada vez, una oportunidad para comprender que la tarea es enorme, pero necesaria.